

3 LA BIBLIA

EN NUESTRO ESTUDIO SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA HEMOS ARRIBADO A TRES VERDADES FUNDAMENTALES: primero, el conocimiento de Dios obra en nuestro beneficio; segundo, Dios ha revelado a todos algunas verdades sobre sí en la naturaleza; pero, tercero, las personas han rechazado esta revelación y han sustituido al Creador por dioses falsos. La conciencia del Dios verdadero la tenemos en forma exterior, en todo lo que vemos, y en forma interior, a través del proceso de nuestras mentes y nuestros corazones. Pero hemos negado nuestra conciencia de Dios, cambiando el conocimiento que tenemos en superstición. Como resultado, el mundo, a pesar de toda su sabiduría, no conoce a Dios y tampoco puede conocerse a sí mismo.

¿Qué se deberá hacer? Resulta obvio, después de lo que ya hemos dicho, que los hombres y las mujeres no pueden hacer nada por sí solos. Pero las buenas nuevas de la religión cristiana es que aunque no podemos hacer nada, Dios ya ha hecho algo. Ha hecho lo que había de hacerse. Se ha comunicado con nosotros. En otras palabras, además de la revelación general pero limitada en la naturaleza, Dios ha provisto una revelación especial con el propósito de conducir a los que no conocían a Dios, y no querían conocer a Dios, a un conocimiento salvador. Esta revelación especial tiene tres etapas. Primero, existe la revelación en la historia. Ésta se centra en la obra del Señor Jesucristo. Él murió tomando el lugar de los pecadores y resucitó como prueba de su justificación divina. Segundo, existe una revelación escrita. Ésta es la Biblia. Dios ha provisto un registro interpretativo de lo que Él hizo por nuestra redención. Finalmente, existe la aplicación práctica de estas verdades en la mente y el corazón del individuo por obra del Espíritu Santo. Como resultado de esto el individuo nace de nuevo, recibe al Señor Jesucristo como su Salvador, y puede seguirle fielmente hasta el final de su vida.

Resulta evidente, sin embargo, la importancia crítica de la Biblia en esta revelación especial en tres etapas. Sólo en la Biblia podemos aprender sobre la redención divina de los pecadores; a través de la Biblia el Espíritu habla a los individuos. Por lo tanto, como dice Calvino, "Nuestra sabiduría debería consistir únicamente en abrazar con humildad, y sin encontrarles ninguna falta, las enseñanzas de las Sagradas Escrituras."¹

Sin las Escrituras nuestra sabiduría es imaginaria y se convierte en necesidad. Con las Escrituras, y bajo la guía del Espíritu Santo podemos aprender lo que Dios es, lo que ha hecho por nosotros, y cómo podemos responderle y vivir nuestras vidas en comunión con Él.

DIOS HA HABLADO

La importancia de la Biblia radica en que es la Palabra de Dios escrita. Y la primera razón para creer que la Biblia es esto se encuentra en las propias enseñanzas bíblicas sobre la Biblia. Es allí donde todas las personas y en especial los cristianos deberían comenzar. Muchos apelan a las Escrituras para defender doctrinas básicas: la doctrina de Dios, la deidad de Cristo, la expiación, la resurrección, la naturaleza de la iglesia, la obra del Espíritu Santo, el juicio final y muchos otros puntos teológicos. Y está bien que así lo hagan. Pero si la Biblia tiene autoridad y exactitud en estos temas no existe ningún motivo por el cual no tendría autoridad y exactitud cuando habla sobre sí misma.

Si encaramos el tema de esta manera, el primer versículo que estudiaremos será 2a Timoteo 3:16. Aquí el Nuevo Testamento se refiere al Antiguo Testamento y señala que "toda Escritura es inspirada por Dios". La frase en inglés "es inspirada por" (RSV) o "es dada por inspiración de" (KJV) es una traducción de una sola palabra griega. Esta palabra, como lo señaló B. B. Warfield en los albores de este siglo, "muy claramente no significa 'inspirada de Dios'".² La frase en inglés proviene de la Latina Vulgata (divinitus inspirata) que fuera traducida por Wycliffe ("Toda Escritura de Dios inspirada es...") y en otras versiones inglesas tempranas. Pero la palabra griega no significa "inspirada". Literalmente significa "exhalada por Dios". Esta palabra nunca ha sido correctamente traducida por ninguna versión en inglés hasta la publicación en 1973 de la New International Version: New Testament.

El término griego theopneustos combina la palabra "Dios" (theos) y la palabra "aliento" o "espíritu" (pneustos). En español la palabra Dios la encontramos en los términos teología, teofanía, monoteísmo, ateísmo, y en los nombres Dorotea, Teodoro y otros. Pneuma se preserva en las palabras neumático y neumonía. Juntas, estas palabras nos enseñan que las Escrituras son el resultado directo de la exhalación de Dios. Warfield escribe:

El término griego... nada nos dice sobre inspirar o sobre inspiración: habla sólo sobre "spirar" o "spiración". Lo que nos dice de las Escrituras no es que "Dios ha exhalado en ellas" o que son producto de un "soplo" divino en los autores humanos, sino que han sido exhaladas por Dios. Cuando Pablo afirma, entonces, que "toda Escritura" o "todas las Escrituras" son producto del aliento divino, "son exhaladas por Dios", está afirmando con toda la fuerza posible que las Escrituras son producto de una operación específicamente divina.³

Algunas cosas registradas en la Biblia son, por supuesto, sólo las palabras de hombres débiles y errados. Pero cuando ese es el caso, las palabras son identificadas como tales, y la enseñanza divina en esos pasajes es tal que esos puntos de vista son evidentemente débiles y errados. Para dar un ejemplo bien extremo, en los capítulos iniciales del libro de Job leemos: "Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida" (Job 2:4). Pero esto no es cierto, al menos no en todos los casos. ¿Cómo podemos explicarlo? Si leemos el capítulo con detenimiento veremos que estas palabras fueron dichas por el diablo, quien es descrito en otras ocasiones como el padre de mentira (Jn. 8:44). De manera similar, en el resto del libro nos encontramos con largos capítulos repletos con el consejo en vano y a veces equivocado de los amigos de Job. Pero sus palabras no son toda la verdad, y de pronto Dios irrumpe en este desatino para preguntar: "¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?" (Job 38:2). Aquí Dios específicamente expone las opiniones falsas de los consejeros de Job.

La Biblia tiene una autoridad absoluta con respecto a los acontecimientos narrados en sus relatos, y siempre que Dios habla, ya sea directamente o por intermedio de alguno de sus profetas, tenemos no sólo una precisión perfecta sino una autoridad absoluta. Se ha señalado que sólo tomando en cuenta el Pentateuco la frase "Jehová habló, diciendo" aparece unas ochocientas veces y que la frase "Así dijo Jehová" es un estribillo recurrente en los profetas.

"DICE"/"DIOS DICE"

Podemos colocar una serie doble de pasajes, seleccionada por Warfield, al lado del versículo de 2a Timoteo, que demuestran a las claras que los autores del Nuevo Testamento identificaban a la Biblia que poseían, el Antiguo Testamento, con la voz viviente de Dios. "En una de esta clase de pasajes", escribe Warfield "se habla de las Escrituras como si estas fueran Dios; en la otra clase, se habla de Dios como si Él fuera las Escrituras: en ambas oportunidades, Dios y las Escrituras están en tal conjunción que es evidente que no se distingue ninguna diferencia en cuanto a la autoridad".⁴ El lector sensible, al leer la Biblia, sólo puede concluir que el carácter exclusivo y divino de los libros sagrados no fue una afirmación abstracta o inventada por los autores bíblicos sino el supuesto básico sobre el que fundaban todo lo que enseñaban o escribían.

Como ejemplo de la primera clase de pasajes tenemos los siguientes: Gálatas 3:8, "Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones" (Gn. 12:1-3); Romanos 9:17, "Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado" (Ex. 9:16). No fue la Escritura, sin embargo (ya que ésta no existía en ese tiempo), la que previendo los propósitos divinos de gracia en el futuro, habló estas preciosas palabras a Abraham, sino Dios mismo en persona: no fue la Escritura todavía no existente la que hizo ese anuncio a Faraón, sino Dios mismo hablando por boca de Moisés su profeta. Estos hechos pueden ser atribuidos a la "Escritura" porque en la mente del escritor se identificaba en forma habitual el texto de la Escritura con Dios cuando hablaba, una identificación que hizo que el uso de la frase "La Escritura dice" se volviera natural, cuando lo que se quería decir era "Dios, como lo registra la Escritura, dijo".

Ejemplos de la otra clase de pasajes son los siguientes: Mateo 19:4-5, "Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?" (Gn. 2:24); Hebreos 3:7, "Por lo cual, como

dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz", etc. (Sal. 95:7); Hechos 4:24, "tú eres el Dios... que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?" (Sa. 2:1); Hechos 13:34-35, "Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David" (Is. 55:3); "Por eso dice también en otro salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción" (Sal. 16:10); Hebreos 1:6 "Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios" (Dt. 32:43); "Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego" (Sal. 104:4); "Mas del Hijo él dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo", etc. (Sal. 45:6) y "Tú, o Señor, en el principio", etc. (Sal. 102:25). No es en boca de Dios, sin embargo, en que se ponen estos dichos en el texto del Antiguo Testamento: son las palabras de otros, registradas en el texto de la Escritura como habladas por o de parte de Dios. Pueden ser atribuidas a Dios porque en las mentes de los escritores, se identificaba habitualmente el texto de la Escritura con los dichos de Dios, de forma que les resultaba natural usar la frase "Dios dice" cuando lo que querían decir era "la Escritura, la palabra de Dios, dice".

Estas dos series de pasajes, tomados conjuntamente, nos demuestran cómo en la mente de los escritores había una identificación absoluta de la "Escritura" con los dichos de Dios.⁵

IMPULSADOS POR DIOS

Nada en la discusión que precede es para negar el elemento humano genuino en la Escritura. En 2a Pedro 1:21, Pedro escribe: "porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios, hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo". No podemos enfatizar demasiado, a la luz de algunos malentendidos comunes, que Pedro reconoce que los hombres han participado en la escritura de la Escritura. Dice que "los hombres... hablaron". Pero lo que hace que la Biblia sea distinta a otros libros es que cuando hablaban (o escribían) los autores bíblicos eran impulsados por Dios. Los autores bíblicos escribieron a partir de su propia experiencia. Usaron su vocabulario. El valor literario de los escritos varía. En ocasiones usan fuente: seculares. Son selectivos. De muchas maneras los libros de la Biblia muestran evidencia de haber sido escritos por personas que eran muy humanas y muy de su tiempo.

Sin embargo, los libros del Antiguo y Nuevo Testamento muestran evidencia, de ser algo más que meramente humanos. Pedro dice que estos escritores: "hablaron de parte de Dios" o que "fueron inspirados por el Espíritu Santo". La palabra que aquí se traduce "inspirados" es significativa. Es usada por Lucas para describir la llegada del Espíritu Santo en Pentecostés como "un estruendo de un viento recio" (Hch. 2:2). Más adelante Lucas vuelve a utilizar esta palabra en la narración dramática de la tormenta mediterránea que finalmente destruye la nave que llevaba a Pablo a Roma. Lucas señala que la nave fue arrastrada por el viento. "Y siendo arrebatada la nave, y no pudiendo poner proa al viento, no: abandonamos a Él y nos dejamos llevar" (Hch. 27:15); "arriaron las velas 3 quedaron a la deriva" (vs. 17). Lucas estaba diciendo que la nave estaba a 11 merced de la tormenta. No dejaba de ser una nave, pero sí dejaba de tener control sobre su rumbo y su destino.

De manera similar, Pedro nos enseña que los escritores de la Biblia se dejaron llevar en sus escritos para producir las palabras que Dios quería que fueran registradas. Escribieron como personas, pero como personas impulsadas por el Espíritu Santo. El resultado fue la revelación de Dios.

No hay nada en el versículo de 2º Pedro que implique un método particular por el cual los escritores bíblicos tomaban conciencia de la palabra de Dios y la transcribían. Los métodos que Dios usó para comunicar su revelación a los escritores bíblicos difieren entre sí. Algunos escribieron como cualquier persona podría escribir hoy en día, recopilando material y organizándolo para mostrar los hechos más significativos. Es este el caso de Juan, el autor del cuarto evangelio, y de Lucas, el autor del tercer evangelio y de los Hechos de los Apóstoles (Jn. 20:30; Lc. 1:1-4; Hch. 1:1-2). Dios no les dictó estos libros. Moisés recibió la revelación de la ley en el Monte Sinaí en medio del fuego, el humo y los truenos (Ex. 19:18-19). Dios se le apareció a Daniel en una visión (Dn. 2:19). Isaías nos dice que escuchó la voz del Señor como si hubiera escuchado la voz de una persona. "Esto fue revelado a mis oídos de parte de Jehová de los ejércitos" (Is. 22:14). Los métodos fueron diversos, pero el resultado fue siempre el mismo. El producto final es la revelación específica de Dios.

Muchos de los textos mencionados hasta ahora tienen que ver con el Antiguo Testamento. Pero también hay textos que señalan que la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el Antiguo Testamento también es aplicable a los escritos del Nuevo Testamento. Así, Pablo habla del evangelio que ha predicado: "Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes" (1 Ts. 2:13; comparar con Gá. 1:11-12). Pedro, de manera similar, está colocando las cartas paulinas en la misma categoría que el Antiguo Testamento: "como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición" (2 P 3:15-16).

Por supuesto, el Nuevo Testamento no habla de sí mismo con la misma frecuencia y exactamente del mismo modo que lo hace sobre el Antiguo Testamento, ya que los libros del Nuevo Testamento aún no habían sido recogidos en un volumen autorizado en vida de sus escritores. A pesar de ello, en varias ocasiones los escritores del Nuevo Testamento hablan de sus escritos como las palabras de Dios. En algunos casos, cuando un libro del Nuevo Testamento fue escrito con posterioridad a otros escritos del Nuevo Testamento, este libro posterior se refiere a los anteriores en los mismos términos que los cristianos y judíos usaban para referirse al Antiguo Testamento.

EL TESTIMONIO DE JESUCRISTO

La razón más importante para creer que la Biblia es la Palabra de Dios escrita y, por ende, la única autoridad para los cristianos en cuanto a su fe y su conducta es la enseñanza de Jesucristo. En la actualidad es común que algunos contrapongan la autoridad de la Biblia en forma desfavorable con la autoridad de Cristo. Pero dicha contraposición no tiene justificativo. Jesús de tal forma se identificó a sí mismo con la Escritura e interpretó su ministerio a la luz de la Escritura que es imposible debilitar la autoridad de una sin debilitar concomitantemente la autoridad del otro.

Jesús tenía en muy alta estima al Antiguo Testamento como lo atestigua, en primer lugar, el hecho de que siempre apelaba a Él como la autoridad infalible. Cuando fue tentado por el diablo en el desierto, Jesús respondió tres veces con citas de Deuteronomio (Mt. 4:1-11). A la pregunta de los Saduceos sobre el casamiento en el cielo y la realidad de la resurrección (Lc. 20:27-40), primero les reprendió por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios y luego citó directamente de Éxodo 3:6, "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob". En muchas otras oportunidades Jesús apeló a la Escritura para sustentar sus acciones, como cuando defendió la limpieza del templo (Mr. 11:15-17) o con referencia a su sumisión frente a la cruz (Mt. 26:53-54). Enseñó que "la Escritura no puede ser quebrantada" (Jn. 10:35). Declaró "que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mt. 5:18).

Con respecto a Mateo 5:18 debemos hacer una consideración adicional. Es evidente, incluso cuando leemos la frase luego de un espacio de unos dos mil años, que la expresión "ni una jota ni una tilde" era una expresión que se refería a las partes más diminutas de la ley mosaica. La jota era la letra más pequeña del alfabeto hebreo, la letra que podríamos transliterar como una i o una y. En el hebreo escrito se parecía a una coma, aunque se escribía casi arriba de las letras y no en la parte inferior. La tilde (o ápice, KJV) era lo que podríamos llamar a esas virgulillas que se proyectan de letras y que sirven para diferenciar un tipo de letra romano de uno moderno. En muchas Biblias el Salmo 119 se divide en veintidós secciones, cada una comenzando con una letra distinta del alfabeto hebreo. Si la Biblia que uno está usando ha sido bien impresa, el lector puede ver lo que es una tilde comparando la letra hebrea delante del versículo 9 con la letra hebrea delante del versículo 81. La primera letra es una beth. La segunda es una kaph. La única diferencia es la virgulilla. Esta misma característica es la que distingue a dalet de resh, y vau de zayin. De acuerdo con Jesús, entonces, ni una "i" ni una "virgulilla" de la ley se perderían hasta tanto no se cumpliera toda la ley.

¿Qué es lo que le da a la ley tal carácter de permanencia? Obviamente no se trata de nada de origen humano, porque todas las cosas humanas pasan. La única base para la calidad indestructible de la ley es que realmente es divina. No perecerá porque es la palabra del Dios verdadero, vivo y eterno. Esa es la parte medular de la enseñanza de Cristo.

En segundo lugar, Jesús contempló su vida como la consumación de la Escritura. Conscientemente se sujetó a ella. Comenzó su ministerio con una cita de Isaías 61:1-2.

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor" (Lc. 4:18-19). Cuando acabó de leer, enrolló el libro y dijo: "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros" (vs.21). Jesús afirmaba ser el Mesías de quien había escrito Isaías. Estaba identificando su futuro ministerio con las pautas de la Escritura.

Más adelante en su ministerio nos encontramos con los discípulos de Juan el Bautista que se acercan a Jesús con la pregunta de Juan: "¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?" (Mt. 11:3). Jesús les respondió con una segunda referencia a esta sección de la profecía de Isaías. Les dijo, en efecto: "No tomen mi palabra sobre lo que yo digo sobre mí. Miren lo que Isaías predijo sobre el Mesías. Y entonces vean si lo estoy cumpliendo". Jesús desafió a las personas a que evaluaran su ministerio a la luz de la palabra de Dios.

El evangelio de Juan nos muestra a Jesús hablando con los gobernantes judíos sobre la autoridad, y el punto crítico de lo que dice tiene que ver con la Escritura. Les dice que nadie podrá creer en Él si no ha creído primero en lo que escribió Moisés, porque Moisés escribió sobre Él. "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí... No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (Jn. 5:39, 45-47).

Al final de su vida, cuando Jesús cuelga de la cruz, otra vez está pensando en la Escritura. Dice "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (una cita de Sal. 22:1).

Dice que tiene sed. Le dan un hisopo mojado en vinagre para que el Salmo 69:21 se cumpla. Tres días más tarde, luego de la resurrección, está camino a Emaús con dos de sus discípulos, regañándolos por no haber usado la Escritura para entender la necesidad de su sufrimiento. Les dice: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían" (Lc. 24:25-27).

Basado en estos y muchos otros pasajes no cabe duda que Jesús tenía en muy alta estima al Antiguo Testamento y siempre se sometía a él como la revelación autorizada. Enseñó que las Escrituras daban testimonio de Él, del mismo modo que Él daba testimonio de ellas. Como eran las palabras de Dios, Jesús las consideraba totalmente confiables, en su conjunto y hasta en los más pequeños detalles.

Jesús también suscribió el Nuevo Testamento, aunque de manera diferente al Antiguo Testamento (porque, por supuesto, el Nuevo Testamento aún no había sido escrito). Pero Él previó que el Nuevo Testamento había de ser escrito y entonces eligió a los apóstoles para que fueran los depositarios de la nueva revelación.

Habían dos requisitos para un apóstol, como se señala en Hechos 1:21-26 y en otros pasajes. Primero, el apóstol debía ser alguien que hubiera conocido a Jesús durante los días de su ministerio en esta tierra y que hubiera sido testigo de su resurrección en particular (vs. 21-22). El apostolado de Pablo estaba en tela de juicio en este punto, ya que se convirtió al cristianismo luego de la ascensión y por lo tanto nunca lo conoció en la carne. Pero Pablo cita su visión de Cristo resucitado en el camino a Damasco como prueba de haber cumplido con este requisito. "¿No soy yo apóstol?... ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?" (1 Co. 9:1).

El segundo requisito era que Jesús debía haber elegido al apóstol para esa tarea y ese papel exclusivo. Como parte de esto les prometió un otorgamiento único del Espíritu Santo para que pudieran recordar, comprender y registrar las verdades concernientes a su ministerio. "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn. 14:26). De manera similar, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habré de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (Jn. 16:12-14).

¿Cumplieron los apóstoles con la comisión? Sí, lo hicieron. El Nuevo Testamento es el resultado. Lo que es más, la iglesia primitiva reconoció su papel. Porque llegado el momento de decidir oficialmente cuáles serían los libros a incluirse en el canon del Nuevo Testamento, el factor decisivo fue percibido como siendo si habían sido o no escritos por los apóstoles o si tenían el respaldo apostólico. La iglesia no creó el canon. Si así lo hubiera hecho el canon estaría por encima de las Escrituras. En cambio, la iglesia se sujetó a las Escrituras como a una autoridad superior.

CREYENDO EN LA BIBLIA

Termino este capítulo con una pregunta que es obvia. ¿Creemos en estas enseñanzas? ¿Creemos que la Biblia es sin duda la Palabra de Dios escrita, según su propia enseñanza y la del Señor Jesucristo?

En la actualidad se ha vuelto popular dudar de esta enseñanza. Esto ha causado mucha confusión en la teología y en la iglesia cristiana. Pero la duda no es nueva. Es la más fundamental y original de todas las dudas. Aparece en los labios de Satanás, en los primeros capítulos de la Biblia. "La (serpiente) dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" (Gn. 3:1). La pregunta es: ¿Podemos confiar en Dios? ¿Es la Biblia verdaderamente su Palabra? ¿Creemos esto sin ninguna reserva mental? Si cuestionamos la Palabra de Dios o si tenemos alguna reserva mental respecto a su autoridad, nunca podremos interesarnos en el verdadero estudio de la Biblia, ni tampoco alcanzaremos la plenitud de la sabiduría sobre Dios y sobre nosotros mismos, que es lo que Él desea para nosotros. Por otro lado, si aceptamos estas verdades, desearemos estudiar la Biblia, y creceremos en conocimiento y devoción. El estudio de las Escrituras nos bendecirá. El texto con que comenzamos este capítulo termina diciendo: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra." (2 Ti. 3:16-17).

Notas

1. Calvin, Institutos, p. 237.
2. Benjamin Breckinridge Warfield, *The Inspiration and Authority of the Bible*, ed. Samuel G. Craig (London: Marshall, Morgan & Scott, 1959), p. 132.
3. *Ibid.*, p. 133.
4. *Ibid.*, p. 299.
5. *Ibid.*, pp. 299-300.